



LO QUE SE ES Y LO QUE SE FUE: LA IDENTIDAD EN *SAN MANUEL BUENO MÁRTIR*

Jason Flanders

Tesis de Máster, Profesor Francisco Layna

Primavera, 2007

Introducción

Este artículo tiene por objeto un análisis metódico y formalista acerca de la construcción de la identidad de don Manuel Bueno en San Manuel Bueno, mártir de Miguel de Unamuno. El presente estudio parte de una base crítica ya establecida, fundamentalmente de la idea del sí mismo como una “proyección externa” presentada por M. Gordon en su artículo “The Elusive Self Narrative Method and Its Implications in *San Manuel Bueno, mártir*.” Apoyándonos en esta noción ya aportada por Gordon, usaremos la filología de la subjetividad como un marco teórico mediante el cual analizaremos precisamente cómo la identidad de don Manuel se va formando a través de la observación a lo largo de la obra.

Sin embargo, la meta de este estudio no es simplemente exponer un proceso de construcción de identidad, sino también problematizar este desarrollo y revelar las debilidades auténticas, inherentes a la capacidad del sujeto, para observar la realidad que le rodea. Esta incapacidad de llegar a una conclusión firme sobre un objeto observado se verá aún más complicada una vez que reconocemos que la observación de un objeto es muy distinta a la observación de un sujeto tomado como objeto. Es decir, observar una silla es muy distinto a observar a una persona consciente de su estado de observación.

Así, el siguiente análisis se divide en dos partes. La primera se dedica al análisis de la construcción de la identidad de don Manuel Bueno a través de la observación recordada en la narración de Ángela. Usamos las teorías de *mismidad* e *ipseidad* de Paul Ricoeur, que recoge exactamente cómo la asignación de costumbres y la identificación-*con* ciertas figuras forman la identidad de una persona, proceso en el cual la persona tiene

poca participación. Después, apoyándonos en la *ipseidad*, nos centramos en la voluntad de la persona, del sujeto, en este proceso de creación de identidad antes de llegar a un reto problemático: las motivaciones e intenciones del sujeto.

Al llegar a lo que parece ser un *impasse*, la primera parte termina para dar lugar a la segunda, la cual intenta proporcionar una solución, y no la solución, a este problema aparentemente insuperable. El eje de esta segunda parte es la combinación de esta idea del sí mismo como una proyección con unas ideas heideggerianas, para poder interpretar la noción de intención y motivación de otra manera, orientada hacia un fin concreto, precisamente, hacia una identidad.

La creación de una identidad a través de la observación

M. Gordon calificó la naturaleza del sí mismo en San Manuel Bueno, mártir como una “proyección externa”, un fenómeno observable que se puede tomar como el objeto de observación, y, si esto se acepta, es aquí donde la subjetividad tiene que tomar un papel fundamental en cualquier análisis de la construcción de identidad en esta obra unamuniana. Una definición de la subjetividad ilumina el enlace entre los elementos de la estructura de la narración, un relato narrado en primera persona acerca de un solo hombre y sus acciones externas: “la incondicionada capacidad de objetivar todo, de convertir todo en objeto, es la esencia de la subjetividad” (Rodríguez 34). Entonces, es la observación de estas acciones externas, de lo visible, lo que va a desempeñar un papel fundamental en la creación de la identidad de don Manuel. Al regresar Ángela a Valverde de Lucerna podemos ver la subjetividad en acción cuando empieza a participar primero como observadora y después en las mismas acciones de don Manuel.

Ahora que Ángela, como sujeto, puede observar, de una manera supuestamente objetiva, los predicados de don Manuel, podemos empezar a hablar de la creación de una identidad con el cuerpo físico como base fundamental. Al tener un cuerpo físico cuyas acciones se pueden observar, la narradora puede empezar a construir la identidad de don Manuel teniendo en cuenta que “la determinación de la noción de persona se realiza por medio de los predicados que le atribuimos” (Ricoeur 11). Además, “poseer un cuerpo es lo que hacen, o más bien, lo que son las personas” (Ricoeur 9), en consecuencia, la atribución de predicados a un cuerpo es igual que la atribución de predicados a una persona; el cuerpo y la persona son, al final, la misma cosa en cuanto que no se pueden separar.

Antes de seguir con el presente estudio hay que destacar otra característica en lo que se refiere a la atribución de predicados, y es muy importante notar que se atribuyen dos tipos de predicados al mismo cuerpo, a una persona primitiva:

La noción de persona primitiva —o mejor dicho, que hace que la noción de persona sea primitiva— consiste en que la persona es <<la misma cosa>> a la que se atribuyen *dos* clases de predicados, los predicados físicos que la persona tiene en común con los cuerpos y los predicados psíquicos que la distinguen de los cuerpos. (Ricoeur 12)

Efectivamente, a una persona se le atribuyen dos tipos de predicados, uno de los cuales, los predicados físicos, se puede observar de una manera perfecta en cuanto que es la acción misma del movimiento del cuerpo humano que en sí es un objeto. En cambio, la clase de los predicados psíquicos va a ser la más problemática, puesto que esas acciones mentales se contienen dentro del mismo cuerpo, pero en la conciencia, o la mente si se quiere, no observable en la persona porque no es un objeto. Aun así, no podemos prescindir del cuerpo porque no hay otra alternativa y entonces “esta disociación entre la persona como entidad pública y la conciencia como entidad privada es de la mayor importancia” (Ricoeur 10). Tanto en nuestra actualidad como en la realidad de San Manuel Bueno, mártir, la separación física entre cuerpo y alma ya no existe, pero la división entre acciones físicas y mentales pervive. Ésta es precisamente la división que se encuentra en la obra que analizamos: nos encontramos frente a una persona como entidad pública, pero sus preocupaciones y sus predicados mentales son actos completamente privados. Al final de este apartado, después de haber continuado con el análisis de la construcción de una identidad, volveremos a este tema ya que va a formar la base del siguiente.

Siguiendo con el tema de la formación de una identidad basada enteramente en la observación de un cuerpo, las teorías de Paul Ricoeur sobre la *mismidad* frente a la *ipseidad* sirven de apoyo y base esencial para seguir con el presente análisis:

Recuerdo los términos de la confrontación: por un lado, la identidad como *mismidad*: (latín: *idem*; inglés: *sameness*; alemán: *Gleichheit*); por otro, la identidad como *ipseidad* (latín: *ipse*; inglés: *selfhood*; alemán: *Selbstheit*). La *ipseidad*, he afirmado en numerosas ocasiones, no es la *mismidad*. (Ricoeur 109)

Esta dicotomía va a servir de ayuda para analizar el choque entre la clasificación del personaje y la identidad de la persona que se da en la obra, y que tiene un efecto tan profundo en la narradora. Dicho de otra manera, existen dos clases de identidad, las cuales se adscriben a una persona, creando así la apariencia de una única identidad contenida bajo un solo signo o símbolo: un nombre propio o un cuerpo.

Ahora bien, Ricoeur, en el quinto estudio de su libro Sí mismo como otro, hace un análisis de gran calidad al subrayar esta división en la formación de una identidad de una persona, de un cuerpo. En primer lugar, surge la cuestión de la *mismidad*:

La *mismidad* es un concepto de relación y una relación de relaciones. A la cabeza se sitúa la identidad numérica: así, de dos veces que ocurre una cosa designada por un nombre invariable en el lenguaje ordinario, decimos que no constituyen dos cosas diferentes sino <<una sola y misma cosa>>. Identidad aquí significa unicidad: lo contrario es pluralidad. (Ricoeur 110)

En efecto, se pone aquí el acento en el hecho de que hay un único don Manuel Bueno en la realidad de la obra. Aún así, el aspecto físico va cambiando a lo largo de la narración. Al principio del relato, por ejemplo, Ángela lo describe de esta manera: “tendría él, nuestro santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta, y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago” (116-117). Con esta descripción empieza la obra y hay que tener en cuenta que Ángela describe no a la persona, sino al personaje, dado que en este momento todavía no había conocido a don Manuel en persona. Es más, el hecho de que esta descripción se adscriba a una persona no conocida, personaje fruto de una obra colectiva, no significa que no se pueda adscribir adecuadamente ésta a la persona, también, al conocerla. Es decir, que la descripción de un personaje narrativo y de una persona real pueden coincidir muy bien hasta tal punto que en ambos casos se mantenga su validez. Ya hacia finales de la obra vemos una descripción muy distinta de la persona: “e iba corriendo el tiempo y observábamos mi hermano y yo que las fuerzas de don Manuel empezaban a decaer, que ya no lograba contener del todo la insondable tristeza que le consumía, que acaso una enfermedad traidora le iba minando el cuerpo...” (151). Sin embargo, a pesar de los cambios físicos, esta noción de *mismidad*, de unicidad, no se puede mudar y para lograr concretarse se recurre a la continuidad de la vida:

La *continuidad ininterrumpida* entre el primero y el último estadio del desarrollo de lo que consideramos el mismo individuo; este criterio prevalece en todos los casos en que el crecimiento, el envejecimiento, actúan como factores de semejanza y, por implicación, de diversidad numérica; así decimos de un roble que es el mismo desde la bellota hasta el árbol totalmente desarrollado... lo mismo, en fin, de un hombre —no digo de una persona— como simple muestra de la especie. (Ricoeur 111)

Por consiguiente, si la descripción del personaje preconcebido con la que empieza la obra coincide con el aspecto físico de la persona que existe en la realidad, no se produce este choque entre personaje frente a persona en cuanto a la descripción física. Como no se encuentra ningún rasgo de desengaño repentino al ver Ángela a don Manuel, se puede

llegar a la conclusión de que la *mismidad* entre personaje y persona real sigue vigente. No hay ninguna discrepancia entre sus rasgos físicos y, aunque estos vayan cambiando a lo largo del tiempo, dada la presencia de continuidad interrumpida no se produce ningún choque entre el personaje y la persona.

Siguiendo con la terminología de Ricoeur en el estudio de la formación de la identidad de don Manuel es importante ahora destacar dos maneras de permanencia en el tiempo: “al hablar de nosotros mismos, disponemos, de hecho, de dos modelos de permanencia en el tiempo que resumo en dos términos a la vez descriptivos y emblemáticos: el *carácter* y la *palabra dada*” (Ricoeur 112). A primera vista, la noción de carácter parece asemejarse mucho a la mera descripción física que acabamos de mencionar, como señala Ricoeur: “entiendo aquí por carácter el conjunto de signos distintivos que permiten identificar de nuevo a un individuo humano como siendo el mismo” (113). No obstante, este concepto de carácter no sólo abarca los rasgos físicos identificables de un cuerpo, sino que va mucho más allá para incluir las acciones habituales, las costumbres, y esto queda más claro cuando Ricoeur sustituye las palabras “signos distintivos” por “disposiciones duraderas” dos páginas más adelante: “el carácter, diría yo hoy, designa el conjunto de disposiciones duraderas *en las que* reconocemos a una persona... a la noción de disposición se vincula la de costumbre” (Ricoeur 115). Entonces, la repetición de acciones observadas empieza a formar una costumbre por la cual se puede identificar a una persona, o a un personaje, como siendo la misma en cuanto que se adscribe esta costumbre a dicha persona como una cualidad identificable de su carácter:

Cada costumbre así construida, adquirida, y convertida en disposición duradera, constituye un *rasgo* —un rasgo de carácter, precisamente—, es decir, un signo distintivo *por el que* se reconoce a una persona, se la identifica de nuevo como la misma, no siendo el carácter más que un conjunto de estos signos distintivos. (Ricoeur 116)

Es muy importante aquí tener en cuenta que estas ideas de rasgos identificantes se refieren únicamente a la *mismidad* de la persona, a su permanencia en el tiempo como el mismo individuo, la misma persona o el mismo personaje. Además hay que mencionar la aparente naturaleza paradójica de esta *mismidad* en lo que se refiere a estos rasgos observables, los rasgos físicos y los predicados físicos siempre son distintos y cambian la

aparición del objeto al que se le atribuyen. Sin embargo, es necesario tener en mente la noción de un proceso sistemático que construye esta *mismidad*, proceso de re-adscripción en cuanto que los rasgos físicos distintos vuelven a identificar a la persona o al personaje como el mismo. Esta entidad que cambia y a la vez se mantiene igual es la propia esencia de la *mismidad*. Lo mismo ocurre con los predicados físicos, las acciones repetidas convertidas en costumbres identificantes: “la costumbre proporciona una historia al carácter; pero es una historia en la que la sedimentación tiende a recubrir y, en último término, a abolir la innovación que la ha precedido” (Ricoeur 115).

Dejando el marco teórico a un lado por un momento para volver al texto analizado, la construcción del carácter de don Manuel se lleva a cabo de la misma manera, y la costumbre es el eje de la formación de su identidad por parte de Ángela. La narración de Ángela siempre se refiere a las costumbres de don Manuel y además tiene una estructura específica al hablar de sus acciones habituales. Es más, este uso de las costumbres para formar la identidad de don Manuel empieza primero con el personaje narrativo creado por Ángela antes de que ella lo haya conocido: “se llevaba las miradas de todos, y tras ellas los corazones, y él al mirarnos parecía, traspasando la carne como un cristal, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todo los niños. ¡Qué cosas nos decía! Eran cosas, no palabras” (117). Estas frases carecen de cualquier descripción física, más bien ella está relatando lo que solía hacer, no está describiendo a la persona ni su cuerpo, sino las acciones del personaje.

Cuando Ángela vuelve a su aldea natal, empieza a usar las costumbres, las acciones visibles, del don Manuel de carne y hueso para formar mejor su carácter: “su vida era arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y sobre todo consolar a los amargados y atediados y ayudar a todos a bien morir” (119). El uso del verbo “era” en el pretérito imperfecto empieza a subrayar esta noción de una acción repetida que se convierte en una costumbre identificante. A primera vista, no hay ninguna mención de un momento determinado; sin embargo, estas menciones de costumbres indeterminadas se siguen siempre de un caso concreto y específico:

Me acuerdo, entre otras cosas, de que al volver de la ciudad la desgraciada hija de la tía Rabona, que se había perdido y volvió soltera y desahuciada, trayendo

un hijito consigo, don Manuel no paró hasta que hizo que se casase con ella su antiguo novio Perote y reconociese como suya a la criatura... (119)

Este ejemplo empieza a iluminar la importancia, no de la descripción, sino más bien del poder que la acción, más que cualquier otra cosa, tiene en la formación del carácter de un individuo. Unas páginas más adelante se puede ver la misma estructura narrativa, que empieza con acciones generalizadas para terminar en una acción concreta que ejemplifica las antedichas acciones no determinadas:

Trabajaba también manualmente, ayudando con sus brazos a ciertas labores del pueblo. En la temporada de trilla íbase a la era de trillar y aventar, y en tanto aleccionaba o distraía a los labradores, a quienes ayudaba en estas faenas, sustituía a las veces a algún enfermo en su tarea. Un día del más crudo del invierno se encontró con un niño, muertito de frío, a quien su padre le enviaba a recoger una res a larga distancia, en el monte. —Mira —le dijo al niño—, vuélvete a casa a calentarte, y dile a tu padre que yo voy a hacer el encargo. (125)

Otra vez, Ángela emplea el mismo método narrativo para crear un perfil de don Manuel basándose siempre en sus costumbres, sus acciones habituales, y para enfatizar y aclarar lo que parece ser una generalización, recurre a un caso sucedido para respaldarse. Incluso Ángela misma admite que incluye esta información sobre las costumbres y acciones con el fin de crear la identidad de don Manuel: “he querido con estos recuerdos, de los que vive mi fe, retratar a nuestro don Manuel tal como era...” (131). Es de notar que Ángela, al relatar las acciones con el fin de caracterizar a don Manuel, no entra en el juicio ni la valoración de dichas acciones, sino que se limita a la mera transcripción de ellas. Acaso esto sea porque no se están evaluando las acciones de don Manuel. En realidad, lo que tiene lugar en la obra es que el carácter preestablecido de él da una justificación previa a sus acciones posteriores, hasta un punto culminante en la obra en la cual la base verídica de dicha evaluación se desintegra.

El carácter de una persona puede conformar una evaluación previa de una acción posterior de la siguiente manera:

Se permite unir a la noción de disposición el conjunto de las *identificaciones adquiridas* por las cuales lo otro entra en la composición de lo mismo. En efecto, en gran parte la identidad de una persona, de una comunidad, está hecha de estas *identificaciones-con* valores, normas, ideales, modelos, héroes, *en* los que la persona, la comunidad, se reconocen. El reconocerse-*dentro de* contribuye al reconocerse-*en*... La identificación con figuras heroicas manifiesta claramente esta alteridad asumida; pero ésta ya está latente en la identificación con valores que nos hace situar una <<causa>> por encima de la propia vida; un elemento de

lealtad, fidelidad, se incorpora así al carácter y le hace inclinarse hacia la fidelidad, por tanto a la conservación de sí. (Ricoeur 116)

Precisamente esta noción de identificación-*con* permite que las acciones de don Manuel tengan una evaluación que las anticipa. Si se tiene en cuenta que la misma narradora consideraba a don Manuel un santo antes de haberlo conocido –incluso los receptores de sus historias narrativas (las monjas, su amiga del colegio, etc.) coinciden con la misma identificación-*con* la figura de un santo antes de haberle conocido de una manera oficial–, entonces, es esta identificación-*con* la figura de un santo, como la susodicha cita revela, la que se superpone al carácter de don Manuel para después quedar asumida en el mismo carácter al cual había reemplazado. Es un proceso de asumir la alteridad muy parecido a la *mismidad* y a los rasgos físicos que cambian y, a la vez, se refieren a la misma persona. Sin embargo, es esta mención de fidelidad la que ahora se aleja de la noción de *mismidad* para acercarse a la *ipseidad*, dado que al situar esta causa o figura encima de la propia vida, la persona parece vincularse a esta causa y a los valores con los cuales se asocia tal causa. Por otro lado, en cuanto que esta identificación-*con* se establece a través de la relación entre el observador y el observado, se tiene que quedar relegada a una evaluación impuesta o hecha por el observador. Es decir, esta fidelidad no tiene que ser una acción realizada por el que queda identificado con tal causa o figura, sino que la fidelidad tiene que ser visible por los que están observando al identificado.

Para acercar este planteamiento teórico a San Manuel Bueno, mártir, podemos decir que la figura del santo se superpone para asimilarse en el carácter de don Manuel. Sin embargo, esta identificación-*con* no es un producto de don Manuel mismo, sino que son los aldeanos e incluso Ángela los que identifican a don Manuel con la figura de un santo. Por tanto, la fidelidad es una cuestión de apariencia, de fidelidad observada y juzgada, que ayuda a profundizar en esta noción de carácter:

Así se integran en los rasgos de carácter los aspectos de preferencia evaluativa que definen el aspecto ético del carácter, en el sentido aristotélico del término. Esto se hace por medio de un proceso paralelo a la adquisición de una costumbre, a saber, por la interiorización que anula el efecto inicial de alteridad, o al menos lo traslada de afuera adentro. (Ricoeur 116-117)

La mención del sentido aristotélico del aspecto ético del carácter deja implícita la idea de un juicio del carácter del observado por unos observadores, unos testigos. El carácter de

una persona y su componente ético no es la construcción del sí mismo, sino una construcción ajena, tal y como ha sucedido la identidad hasta este punto. Entonces, si Ángela y los aldeanos han superpuesto sobre don Manuel la figura de un santo para después quedar interiorizada en su carácter observado, esta interiorización es lo que da una evaluación previa a todas sus acciones posteriores, con tal de que estas acciones posteriores se puedan relacionar con el carácter previamente establecido:

Así se estabilizan las preferencias, apreciaciones, estimaciones, de tal modo que la persona se reconoce en sus disposiciones que podríamos llamar evaluativas. Por esto, un comportamiento que no corresponde a este género de disposiciones hace decir que no se halla en el carácter del individuo considerado, que éste ya no es el mismo, e, incluso, que está fuera de sí. (Ricoeur 117)

Ahora bien, con tal de que las acciones de don Manuel sigan siendo evaluables y atribuibles bajo esta figura santa y el legado ético y moral que conlleva esta identificación-*con* un santo, no surge ningún problema en cuanto a su identidad considerada como *mismidad*. Lo importante aquí es que esta formación de la unidad del carácter de una persona y de un personaje siempre tiene lugar desde afuera, tratando a la persona o personaje como un objeto observado ajeno a los predicados psíquicos no observables, ya que esta identificación-*con* ayuda a calificar lo incorpóreo. En esta obra, incluso no hay una separación entre la formación del carácter del personaje don Manuel no conocido al inicio del relato y el de don Manuel observado por la narradora una vez que ella lo ha conocido. La unidad del carácter no cambia entre personaje y persona porque, en ambos casos, son construcciones que usan a don Manuel como objeto al que adscribir disposiciones que van formando su carácter ya que “el carácter es verdaderamente el <<qué>> del <<quién>>” (Ricoeur 117). En consecuencia, quizás no hay mucha diferencia entre un personaje narrativo, un santo, y una persona real identificada como un santo, o mejor dicho, indentificada-*con* la figura del santo: la construcción de la identidad, en cuanto que se mantiene al lado de la *mismidad*, se preocupa muy poco por el agente, y tiene mucha más importancia el observador del agente. Al igual que un personaje sólo cobra vida al ser leído o relatado, una persona sólo cobra vida al ser observada.

En cuanto nos acercamos a la noción de *ipseidad*, en cambio, es el agente el que adquiere más importancia, dado que se basa esta parte de la identidad enteramente en su

propia acción, y la observación ocupa un rango secundario. Empezamos a abordar esta noción en una de las susodichas citas sobre la idea de fidelidad en o que se refiere a mantenerse a sí mismo bajo el lema de una causa. Sin embargo, por cuanto esta fidelidad tiene que ver con la *mismidad*, es de importancia su observación. En cambio, las cuestiones de la *ipseidad* surgen por la misma acción del agente, ajena a toda observación y vinculada con la voluntad del sujeto:

Existe, en efecto, otro modelo de permanencia en el tiempo aparte del carácter. Es el de la palabra mantenida en la fidelidad a la palabra dada. Veo, en este *mantener*, la figura emblemática de una identidad diametralmente opuesta a la del carácter. La palabra mantenida expresa un *mantenerse a sí* que no se deja inscribir, como el carácter, en la dimensión del algo en general, sino, únicamente, en la del *¿quién?* (Ricoeur 118)

Anteriormente, al hablar de la *mismidad*, nos habíamos quedado siempre en la observación y la adscripción de acciones y de descripción física para formar la identidad de una persona o personaje. Sin embargo, al abordar esta idea del mantenimiento del sí mismo, nos estamos alejando de la posición de observador para acercarnos a la de la persona observada, el sujeto y no el objeto. Aquí es donde también se va a producir una ruptura con las semejanzas entre la formación de la identidad de un personaje y la de una persona, en cuanto que un personaje no deja de ser un objeto, y una persona, en cambio, puede ser un objeto y un sujeto a la vez. Es decir, si recurrimos otra vez a la definición de la subjetividad como esta noción de objetivar todo (Rodríguez 34) tenemos que tener otra cosa en cuenta: alguien que es observado es objeto para el observador, pero a la vez es un sujeto que está observando al observador como un objeto también. Dicho de otra manera, una persona observada es capaz de darse cuenta de este estado de observación, y aquí surge la diferencia clave entre personaje y persona: “la experiencia humana añade la de una orientación consciente por un agente capaz de reconocerse como sujeto de sus actos; aquí la experiencia no es sólo la aplicación de la ley; la especifica, designando el núcleo intencional de una acción conscientemente orientada” (Ricoeur 65). Entonces, el sujeto que es también objeto observado es capaz de manipular y conducir al observador a unas conclusiones mediante la orientación consciente de sus acciones.

Siguiendo con esta noción de *ipseidad*, se va revelando más la importancia de la voluntad del sujeto tomado como objeto por otro sujeto: “el cumplimiento de la promesa,

como hemos recordado más arriba, parece constituir un desafío al tiempo, una negación del cambio: aunque cambie mi deseo, aunque yo cambie de opinión, de inclinación, <<me mantendré>>” (Ricoeur 119). Esta última cita es la que nos va a llevar a una vinculación sólida con don Manuel ya que esta noción de cumplir con una promesa, de seguir manteniendo el sí mismo tal y como ha sido aunque el sujeto no esté de acuerdo consigo mismo es lo que abre la puerta al simulacro, a la manipulación. Esta noción de mantenimiento se enlaza con la voluntad y acción del sujeto mientras que la formación de su identidad se relaciona con aquellos que le están observando. Aquí vemos la *ipseidad* y la *mismidad* en unas posiciones contrarias: el sujeto frente al objeto, la acción del sujeto frente a la observación del sujeto como un objeto a los ojos de otros.

Centrándonos otra vez en San Manuel Bueno, mártir, la dicotomía entre estas dos nociones de la identidad de una persona resalta inmediatamente. Al principio de la obra, lo que Ángela está contando no es fruto de sus experiencias personales sino la formación de un personaje, nunca observado antes, mediante varias fuentes ajenas a su entorno. No sólo esas fuentes y Ángela, sino también los receptores de sus relatos en el colegio coinciden con esta identificación-*con* un santo. Al llegar a Valverde de Lucerna, la observación de las acciones de don Manuel siguen formando esta identidad, en cuanto que sus acciones siguen siendo atribuibles a la figura de un santo. Por lo cual, la identificación-*con* un santo sigue dando una justificación y motivación a sus acciones. Dado que su comportamiento, sus costumbres, encajan adecuadamente con esta disposición identificable de abnegación y caridad católicas, no surge ningún problema entre la identidad del personaje y la identidad de la persona porque ambos quedan relegados a meros objetos observados. Se mantiene esta unidad evaluativa de las costumbres suyas a lo largo de esta primera parte de la obra.

Aun así, el choque entre el personaje santo, el objeto, y la persona santa, el sujeto, se produce al relacionarse Lázaro, el hermano de Ángela, con don Manuel; el primero cuenta a su hermana sus experiencias con este último:

Y entonces, serena y tranquilamente, a media voz, me contó una historia que me sumergió en un lago de tristeza. Cómo don Manuel había venido trabajando, sobre todo en aquellos paseos a las ruinas de la vieja abadía cisterciense, para que no se escandalizase, para que diese buen ejemplo, para que se incorporase a la vida religiosa del pueblo, para que fingiese creer si no creía, para que ocultase

sus ideas al respecto, mas sin intentar siquiera catequizarle, convertirle de otra manera. (142)

Este es el primer momento en el cual vemos la *mismidad* enfrentarse con la *ipseidad*, y don Manuel es consciente de esta dicotomía. Esta noción de dar un buen ejemplo a pesar de las propias ideas que uno tendría al respecto es, la misma esencia de la *ipseidad* y conduce directamente al simulacro, a la manipulación. Demuestra la habilidad del sujeto para darse cuenta de su estado de observación y orientar sus acciones hacia un fin, en este caso, el engaño. Es más, esta actitud de fingir –sobre todo al tratarse de una creencia religiosa– para engañar a los aldeanos que les observan a ellos, se opone completamente a la identificación de don Manuel con un santo. Y este choque entre el personaje santo de don Manuel y la persona manipuladora que finge creer es lo que provoca la congoja y la duda escéptica de Ángela. Además, en este mismo párrafo se introduce la falta de fe del mismo don Manuel: “<<¿Fingir? ¡Fingir no!, ¡eso no es fingir! Toma agua bendita, que dijo alguien, y acabarás creyendo.>> Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: <<¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?>>, él bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es como le arranque su secreto” (142). En un solo instante, el santo ha quedado como un hombre al que le falta la fe, capaz de engañar a todo un pueblo. El personaje narrativo y la persona como objeto, ahora, se enfrentan con la persona que es un sujeto.

La disolución entre personaje y persona se intensifica aún más al tratar de cuestiones verídicas: “<<¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella>>” (143). En consecuencia, las acciones que antes se evaluaban bajo la figura de un santo, barajadas con las ideas de caridad y altruismo, ahora se acercan al elitismo y al egoísmo. Sin embargo, don Manuel enuncia unas intenciones a Lázaro que parecen explicar sus acciones: “yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarlos. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían” (143). A pesar de esto, con esta enunciación de motivaciones, en realidad, se está simplemente diciendo que don Manuel está allí para engañar, motivado por razones elitistas en cuanto que cree que el pueblo no es capaz de aguantar la realidad, la verdad.

Aunque algunos críticos han dicho algo muy diferente respecto a las intenciones de don Manuel, por ejemplo: “sabemos que en el caso del párroco quiere decir engañar con santa intención” (Fernández 178), es imposible llegar a tal conclusión. Don Manuel parece capaz de traspasar las fronteras de la ficción y engañar también a los críticos: ni Lázaro ni Pelayo Fernández cuestionan lo que dice don Manuel. Si don Manuel es capaz de engañar a todo un pueblo con sus acciones, incluso con lo enunciado, ¿no podría estar haciendo lo mismo con Lázaro?

Ángela, al enterarse de este secreto de don Manuel –su falta de fe y la manipulación del pueblo–, acude a éste para interrogarle al respecto. No es el encuentro entre ellos dos lo que importa, sino la capacidad reflexiva de Ángela, como narradora en el presente de hechos anteriores, lo que subraya una problemática clave de la subjetividad:

Y ahora, al escribir esta memoria, me digo: ¿Por qué no me engañó?, ¿por qué no me engañó entonces como engañaba a los demás? ¿Por qué se acongojó? ¿Por qué no podía engañarse a sí mismo, o por qué no podía engañarme? Y quiero creer que se acongojaba porque no podía engañarse para engañarme. (146)

En este pasaje, Ángela se pregunta por las motivaciones e intenciones de don Manuel al respecto de este engaño. Ángela ya no se preocupa por el qué ni el quién, sino por el por qué, ya que don Manuel, como persona, se ha alejado completamente de esta identidad narrativa del santo que se le atribuía antes, y, por tanto, lo que ahora le empuja a don Manuel, sus intenciones, resultan desconocidas. La clave de esta cita está en la mención de “querer creer” en las motivaciones e intenciones de uno, y esto es un reto enorme en cuanto que la subjetividad, este poder de observar todo como un objeto, no permite formar ninguna opinión sobre el carácter verdadero de una persona, ya que las acciones externas, los predicados físicos y observables que forman el carácter de una persona, pueden oponerse a las creencias, los predicados psíquicos de la misma persona. Esto es la confrontación de la *mismidad* y la *ipseidad*, la observación del otro y la voluntad del observado.

Por consiguiente, si la motivación y la intención verdadera existen como predicados psíquicos contenidos en la conciencia, sólo se puede formar una creencia, una adivinanza, sobre la motivación e intención de una persona al actuar. Don Manuel ha declarado sus motivaciones y sus intenciones a Lázaro, pero el problema pervive en

cuanto que la enunciación es también un predicado físico que no tiene que coincidir con la motivación e intención que residen en la conciencia de la persona. Sin embargo, no se puede prescindir de esta declaración porque:

Hay un momento... en el que sólo un hombre puede decir lo que es su intención. Pero este decir pertenece al orden de la confesión: expresión del testimonio interior comunicado, la confesión es aceptada o no. Pero nunca es equivalente a una descripción pública; es una confesión compartida. (Ricoeur 57)

Por tanto, es imposible distinguir entre la verdad y la mentira, y el observador tiene que recurrir a la creencia para interpretar la motivación e intención de lo que observa dado que “no se sabe lo que es la intención no declarada” (Ricoeur 51). Ángela también se da cuenta de esto al decir que “quiere creer”, pero parece que tampoco quiere buscar una creencia sino una verdad que, quizás, no existe, y esto es lo que la lleva a la duda escéptica.

Al aceptar esto, surge un problema grave en la misma esencia de la subjetividad en lo que respecta al término del que parte: “‘sujeto’ resume la idea de aquel ser que, en virtud de su conciencia de sí y su auto-certeza, puede representar objetivamente el mundo y darse a sí mismo su propia legalidad” (Rodríguez 18). El sujeto es capaz de representar el mundo de una manera objetiva, pero en cuanto nos alejamos de objetos físicos para acercarnos a otros sujetos esta capacidad de auto-certeza que aporta una legitimidad disminuye e, incluso, puede que desaparezca. El sujeto observador sigue siendo incapaz de representar los predicados psíquicos de otros sujetos observados y, por lo tanto, no puede haber una certeza en cuanto a la formación de sus intenciones. Es la dicotomía entre *mismidad* y *ipseidad*, entre las acciones físicas y las acciones psíquicas, la que subraya este hecho en el cual la certeza tiene que acercarse a la creencia y la confianza:

Si la posibilidad de sospechar la verdad vinculada a una descripción de intención habla en contra de su carácter de descripción y contra la pretensión de verdad vinculada a las descripciones, esta misma posibilidad de sospechar prueba por sí sola que el problema planteado es competencia de una fenomenología de la atestación que no se deja reducir a una criteriología apropiada a la descripción. Las pruebas de sinceridad... no son verificaciones, sino pruebas que terminan finalmente en un acto de confianza, en un último testimonio, cualesquiera que sean los episodios intermedios de sospecha. (Ricoeur 57)

Esta noción de confianza y creencia derrumba esa base de auto-certeza de la cual parte la subjetividad, y deja la creencia y la confianza como el eje de la representación de otros

sujetos. Lo cual sigue siendo problemático en cuanto que la identidad de una persona puede ser nada más que una serie engañadora de acciones cuidadosamente construidas y orientadas hacia el observador. Si esto queda claro, hemos llegado a la idea mencionada al principio de este estudio: el sí mismo como una proyección externa.

El sí mismo como una proyección

El apartado anterior terminó con la constatación de que el sí mismo queda como una proyección externa hacia los que le observan. Sin embargo, hay otro aspecto importante del sí mismo como proyección que se encuentra en San Manuel Bueno, mártir: la proyección del sí mismo siempre hacia el futuro. Si se continúa teniendo en cuenta la importancia de la acción en la construcción del sí mismo, de la identidad de un ser, nos acercamos a una manera de ver la acción de don Manuel en la construcción de su propia identidad siempre pensando en el futuro. Todo lo cual se acerca mucho al pensamiento heideggeriano y a la idea de *haber de ser*. Al analizar las semejanzas entre ambos pensamientos, se puede superar la impasibilidad de las intenciones suyas para llegar a otra conclusión. Anteriormente la identificación-*con* la figura de un santo daba luz a sus intenciones, y este apartado pretende llegar a lo inverso, a la conclusión de que sus intenciones llevan a la identificación-*con*.

Heidegger en su libro Ser y tiempo introduce la idea de *haber de ser*, la cual Ramón Rodríguez resume de una manera excepcional en su libro Del sujeto y la verdad: “la idea de haber de ser determina la más vaga de que al *Dasein* “le va” su ser, y significa que el ente que ha de ser tiene su ser pro-puesto, como algo que realizar” (65). Efectivamente en San Manuel Bueno, mártir don Manuel jamás se califica a sí mismo como un santo sino que son todos los que están a su alrededor los que le proponen esta identidad. De hecho, don Manuel dice explícitamente que no es un santo: “y alguna vez llegó una madre pidiéndole que hiciese un milagro en su hijo, a lo que contestó sonriendo tristemente: —No tengo licencia del señor obispo para hacer milagros” (120). Este permiso de hacer milagros se refiere precisamente a su identificación con la figura de un santo frente a la realidad de ser un santo. Es decir, esta identidad que los feligreses le van asignando a lo largo de la obra es, más que nada, un ser pro-puesto. El hecho de que los aldeanos identifiquen a don Manuel como un santo, no implica que sea tal, puesto que ellos no tienen autoridad para conferirle esta identidad. Para poder llegar a ser un santo, y tener esta licencia de hacer milagros, hace falta la realización, la construcción del sí mismo para llegar a ser santo. Esto coincide perfectamente bien con la idea heideggeriana del ser pro-puesto en cuanto que “implica una distensión constitutiva, un diferirse desde

lo que ya se es a lo que se ha de ser” (Rodríguez 65). En consecuencia, las acciones de don Manuel van dirigidas hacia esa identidad futura y posible, hacia ese proyecto de ser que queda por terminar.

Siguiendo con los enlaces entre la presente obra y el *haber de ser* de Heidegger, Valverde de Lucerna se convierte en un campo de juego para que don Manuel se realice: “en tanto que distensión, éxtasis o salida de sí, el haber de ser implica *mundo*, un espacio de juego sin el que no podría haber pro-puesta del propio ser... Sin un ámbito de juego, en el sentido de campo de posibilidades de ser, carece de sentido el por mor de sí” (Rodríguez 65). Es precisamente la aldea lo que le permite a don Manuel desarrollar su identidad, su ser, como una probabilidad. Todo lo cual se subraya dado que esta manera de ser, esta identidad de santo, a lo largo de la obra siempre es una posibilidad que no se cumple durante la vida de don Manuel. Las acciones de don Manuel van dirigidas a un ser posible, a una identidad pro-puesta, y es de subrayar que él mismo expresa algo muy parecido a esta distensión del ser hacia algo a través de sus acciones: “pensar ocioso es pensar para no hacer nada o pensar demasiado en lo que se ha hecho y no en lo que hay que hacer...” (125) Entonces esta importancia que se da a “lo que hay que hacer” empieza a poner más énfasis en la acción futura dirigida hacia algo, hacia alguna posible identidad. Esto se acerca otra vez al pensamiento heideggeriano al tener en cuenta que “la idea heideggeriana de que las propiedades de la existencia no son un qué sino un cómo, modos o maneras de ser, no hace sino tematizar esta relación con el ser que se ha de ser, que es siempre el ejercicio de una posibilidad” (Rodríguez 66). Al enfatizar la importancia de la acción futura, don Manuel se acerca a este pensamiento en cuanto que la acción es precisamente lo que va formando su posible identidad de santo, una identidad que siempre queda más allá del sí mismo, como destino al que siempre se está llegando.

La importancia de la acción adquiere más y más poder en San Manuel Bueno, mártir al analizar distintas partes que describen el modo de ser que tiene don Manuel: “su vida era activa, y no contemplativa, huyendo cuanto podía de no tener nada que hacer” (124). Don Manuel era un hombre de constante acción, y esta acción, al fin y a cabo, es lo que le acerca a la identidad de santo. Hemos tratado previamente de cómo Ángela ha ido construyendo la identidad de don Manuel basándose en sus acciones. Ahora podemos

ver cómo don Manuel va construyéndose a sí mismo, dirigiéndose hacia la figura de un santo con sus propias acciones en cuanto que “[el sí mismo] se encuentra primera y continuamente en las cosas porque, ocupándose de ellas, apremiado por ellas, descansa siempre en ellas de alguna manera. Cada uno es aquello de lo que se ocupa y preocupa” (Rodríguez 74).

Por tanto, ahora hemos podido invertir las intenciones de don Manuel y vemos que, como sucede durante gran parte de la obra, la identificación de don Manuel con un santo llevaba a conclusiones sobre sus intenciones con respecto a sus acciones. Sin embargo, al analizar brevemente la manera de construirse a sí mismo, nos centramos primero en sus acciones, y de allí se puede llegar a la conclusión de que sus intenciones no vienen de esta identificación-*con* un santo sino que conducen hacia ella. Esta es la misma esencia de un ser en proyecto, un ser proyectado primero hacia los aldeanos y después hacia el futuro.

Ahora queda la pregunta: si don Manuel siempre va dirigiendo sus acciones hacia un público y un futuro, hacia un ser o identidad posible, ¿puede un sujeto eventualmente llegar a ser lo que puede o lo que quiere poder ser? Dicho de otra manera, si este ser, este sujeto capaz de proyectarse hacia un futuro, un fin, siempre está llegando a una posibilidad que lleva a otra ¿puede alguna vez llegar a ser algo definitivo con el fin de fijarse tal y como es? Con respecto a esta pregunta, quizás hay que modificarla un poco y decir que un sujeto sí puede llegar a ser algo definitivo, pero llega a ser lo que se fue y no lo que se es. Si el sujeto siempre está llegando a lo que se es, quizás haga falta que el sujeto pierda su capacidad activa, es decir que muera. Una vez que el sujeto carece de voluntad, la proyección y la distensión del sí mismo dejan de existir, y se crean un comienzo y un fin en el modo de acontecer del sujeto. Si recurrimos a la primera frase de San Manuel Bueno, mártir podemos ver precisamente cómo don Manuel alcanza a llegar a ser un santo: “Ahora que el obispo de la diócesis de Renada, a la que pertenece esta mi querida aldea de Valverde de Lucerna, anda, a lo que se dice, promoviendo el proceso para la beatificación de nuestro don Manuel, o, mejor, san Manuel Bueno...” (115). Entonces don Manuel sí llega a ser un santo, pero solamente de una manera póstuma, y acaso la muerte sea necesaria para poder llegar a ser algo definitivamente, ya que pone el punto final de la continuidad de un ser. Al cerrar por completo la unidad de una vida y su

continuidad en el tiempo, también se crea la unidad de su manera de acontecer en el tiempo, su identidad con un comienzo y con un fin ya definidos.

Obras citadas

Fernández, Pelayo H. El problema de personalidad en Unamuno y *San Manuel Bueno, mártir*. Madrid: Mayfe, 1966.

Gordon, M. "The Elusive Self Narrative Method and Its Implications in San Manuel Bueno, mártir." *Hispanic Review* 54 (1986): 147-161.

Heidegger, Martin. Ser y tiempo. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997.

Ricoeur, Paul. Sí mismo como otro. Madrid: Siglo XXI, 1996.

Rodríguez, Ramon. Del sujeto y la verdad. Madrid: Síntesis: 2004.

Unamuno, Miguel de. San Manuel Bueno, mártir. Madrid: Cátedra, 2003.